



Es propiedad
de D. V. de Lalama.

Librerías de Jordan,
Rios, Perez y Guesta.

BIBLIOTECA DRAMATICA.

EL TEJEDOR DE JATIVA.

*Drama en tres actos, original y en verso de los Sres. D. ANTONIO GARCÍA GUTIERREZ
y D. EDUARDO y D. EUSEBIO ASQUERINO, representado por primera vez en el teatro
del Drama, el 24 de diciembre de 1849.*

PERSONAJES.

TELLO, tejedor de seda.

DOÑA MENCIA.

INES, hermana de Tello.

DON FERNANDO DE LUZAN.

DON PEDRO DE SANDOVAL.

BLAS.

BEATRIZ.

UN SOLDADO.

ANTONIO.

Soldados, pueblo, pages, etc.

La escena pasa en Játiva, en el reinado de Felipe V.

ACTO PRIMERO.

Sala en casa de Tello. Una gran puerta al fondo, por donde se ven algunos telares. A la derecha del actor, balcon. Al lado opuesto, puerta que comunica con el interior de la casa.

ESCENA PRIMERA.

INES, cerca del balcon, BEATRIZ, hilando.

INES. Mucho se tarda mi hermano!

La noche se acerca ya, y... yo no sé como vivo en esta inseguridad!

Con estas guerras, no hay noche que no ocurra algun desmán en las calles, y ya Tello muy comprometido está.

BEA. No temais.

INES. Es con razon:
él no acostumbra á tardar...
BEA. Los asuntos de la guerra
sin duda le ocuparán.
INES. Eso temo: esa es la causa
que ha turbado nuestra paz;
y en vano yo le persuado.
BEA. Es duro como el metal.
INES. A un tejedor, como él rico,
qué le pueden importar
esas sangrientas reyueeltas
en que nada ganará?
Y qué le importa que al cabo
de una contienda tenaz,
triunfen de sus enemigos
el francés ó el alemán?
BEA. Quién sabe? Al fin es valiente,
y vos tambien palpitaís
de contento, cuando oís
sus hazañas celebrar.
INES. Es una flaqueza...
BEA. Hija
de vuestro afecto.
INES. Es verdad!
Cuando vencedor le miro,
mi gozo reprimo mal.
Pero en cambio de esa gloria
cuántos pesares me dá,
Beatriz!
BEA. Pero cuando veo
recompensado su afan
con alguna banda...
INES. No!
Piensas tú que vencerá
la causa del archiduque?
BEA. Quién lo puede adivinar?
INES. No, Beatriz; ya se ha apagado

su estrella, y es su rival,
como poderoso, activo,
y como valiente, audaz.

BEA. Bien se conoce que os habla
la pasión del capitán.

INES. Lo que te digo, es lo cierto:
tanta firmeza y lealtad
esteriles son.

BEA. Y entonces,
de qué sirve prolongar...

INES. Tienes razón! Cuánta sangre
sin fruto vertiendo están
cada día! Es ya imposible
que resista la ciudad.
Los hombres faltan...

BEA. Que es lástima.

INES. Ya no hay viejo ni rapaz
á quien no obliguen...

BEA. Cuidado!
Siento allí pasos. *(señalando al fondo.)*

ESCENA II.

Dichas y BLAS.

INES. Es Blas...

BLAS. Buenas noches.

INES. Viste á Tello?
(acercándose á él y hablándole en alta voz.)

BLAS. Ahí me he estado en el zaguan
dormido:

INES. No es eso.

BLAS. Bueno.
(con indiferencia y volviendo la espalda.)

INES. Cada vez mas sordo está.
No has visto á mi hermano?

BLAS. Restos
de aquella herida fatal.
Aun me parece que siento
aquí... *(llevándose la mano á la cabeza.)*

INES. Pobre mozo!

BLAS. Mas!

INES. No te digo...

BLAS. Por mi cuenta,
cabales dos meses van.

Qué estrella! No hay en el mundo
otro sino mas fatal.

Donde quiera que una riña
se arma, no hay remedio; paf!

me atravieso, y ya se sabe,
yo pago por los demás.

Así es, que le tengo un miedo
al hierro... *(volviéndose á Beatriz.)*

BEA. Y es natural:

BLAS. Y luego, como en el día *(volviéndose á Inés.)*
se ocupan tantos en dar,

los pobres que recibimos...

INES. Efecto es de tu lealtad.

BLAS. Cinco! la primera fue
defendiendo el arrabal:

la segunda, en una riña

pagué mi curiosidad.

Otra en la brecha. Buen día;

mas no lo pensé contar.

Y la cuarta, en el rebato

de la noche de San Juan.

Después, huyendo á la quema,

y pensando, necedad!

librarme de los percances

del quinto, que es no matar,
fue cuando á Tello asaltaron
aquella noche...

INES. Es verdad. *(con lástima.)*

BLAS. Yo iba con él... por lo tanto,
quién había de llevar?

(aparece Antonio á la puerta del fondo.)

INES. *(Qué miro!)* Silencio!
(á Blas, indicándole con una seña.)

BLAS. *(Un hombre!)*

ANT. Puedo hablaros?

BLAS. *(Quién será?)*

ESCENA III.

Dichos y ANTONIO.

INES. Déjanos, Beatriz.

(Beatriz se va por la izquierda.)

ANT. Estamos
solos?

INES. Si puedes hablar.

ANT. Y ese rapazuelo? *(viendo á Blas.)*

INES. Es sordo.

No temas, que no te oirá.

ANT. Vengó del campo.

INES. Y has visto
por ventura á Carvajal?

ANT. A eso fui.

INES. Queda con bien?

ANT. No queda.

INES. Dios de bondad!

ANT. No queda; porque acá viene.

INES. Eso es posible?

ANT. Cabal.

INES. Espone su vida?

ANT. Esa
espuesta siempre ha de estar
en vuestra ausencia.

INES. No olvida

que le tengo voluntad?

ANT. Olvidarlo!

INES. Y di?...
ANT. Esta noche,

logrando la oscuridad,

vendrá á verte.

INES. Y si supiera

mi hermano...

BLAS. *(Qué si sabrá!)*

ANT. El no ha querido escucharme.

INES. Ay! la que logra inspirar

tanto cariño, qué importa

si pierde su libertad?

ANT. Mas cuenta con vuestro hermano!

INES. Mi hermano...

ANT. Es hombre tenaz,

y ya sabéis que no es mucho

lo que quiere al capitán.

En fin; vais á hablarle?

INES. Pues!

eso, preciso será.

que si un momento le escucho,

qué me importa lo demás?

Dile que espere en la calle,

y esté atento á la señal.

Entiendes?

ANT. Muy bien.

(vase por la puerta del fondo.)

BLAS. *(Y yo!)*

Mas claro pudiera estar...
(vase por la izquierda)

ESCENA IV.

INES, sola.

Dios quiera que no le vea
Tello: aunque su amor es tal,
que diera por mi la vida,
temo su severidad. (se asoma al balcon.)
Cielos! y él es el que ahora
la vuelta á la esquina dá!
Mas ya no puede encontrarle...
(se dirige á la puerta del fondo y escucha.)
El sube.

TEL. Inés, aquí estás?

ESCENA V.

INES, TELLO.

INES. Cómo tan tarde has venido?

TEL. Es tarde? (Ya imaginaba
que con cuidado estaria.)

INES. Y está la noche nublada.

TEL. Qué temes?

INES. A todas horas
se ven por calles y plazas
mil desdichas.

TEL. Piensas tú
que haya por ventura en Jativa
quien á ofenderme se atreva?

INES. Traidores hay los que bastan,
y no olvides que si tú
mueres...

TEL. No te resignaras?

INES. Oh! nunca!

TEL. Me quieres tanto!

TEL. Y tú mi cariño pagas
dejándome siempre aquí
á mi sola abandonada.

TEL. Ya, Inés, tu suerte será
mas feliz; desde mañana...

INES. Qué dices?

TEL. Doña Mencía
quiere llevarte á su casa,
que este honor la he merecido...

INES. Tello...

TEL. Pues qué! no te agrada?

INES. Y cómo he de abandonar
el cuidado de tu casa?

TEL. Eso no importa: al contrario,
el corazon me quebranta
el mirarte siempre aquí
tan sola y tan resignada.

INES. Me gusta la soledad.

TEL. Pues antes no me acusabas?..

INES. Solo á los que son felices
su negra tristeza espanta.

TEL. Es cierto! Mas por ventura
no lo eres tú?

INES. Yo? qué causa?..

TEL. A tus años, una sola
el corazon nos embarga.

Por qué me ocultas tus penas?

Por qué á tu hermano disfrazas
los secretos de tu pecho,
sabiendo cuanto te ama?

Piensas que yo no sabré
disculparte?

INES. Yo... te engañas:
yo no tengo otro cariño
que el tuyo, ni otra esperanza
que verte á mi lado.

TEL. Siempre
lo mismo.

INES. Si, Tello!

TEL. Basta.

Cumpliré mis juramentos
y moriré en la demanda
si Dios no me ayuda.

INES. Bien:

no te diré otra palabra. (Pausa.)
No cenas?

TEL. Estoy cansado.

INES. Si quieres dormir
(con mal disimulada alegría.)

TEL. Si, hermana:

hoy no ceno. Es tarde?

INES. Mucho!

TEL. Ya está la noche avanzada.

TEL. Haz que preparen mi cuarto,
y cuenta con que mañana
está dispuesta...

INES. A qué, Tello?

TEL. A abandonar esta casa.

INES. Es tu voluntad?

TEL. Si; Inés.

INES. Lo haré, porque tú lo mandas.
(vase por la izquierda.)

ESCENA VI.

TELLO, solo.

Se queja, y tiene razon!
Siempre sola, pobre Inés!
y en perpétua reclusion!
Mas, qué remedio? No es
primero mi obligación?
Preso en las duras cadenas
del deber, ¿hay para mi
otras horas más serenas?
No hierve tambien aquí
el veneno de mis penas?
Si, Inés, y acaso, mayores,
ni aun imaginarlas puedes.
Qué sabes tú de dolores,
porque solitaria llores
encerrada entre paredes?
Sientes tú la horrible herida
que ha emponzonado mi calma,
y consumirse tu vida
en esta hoguera encendida
que está abrasándome el alma?
Sabes tú lo que es sufrir,
y por consuelo, esperar,
cansado ya de vivir,
la muerte, que ha de venir,
pero que tarda en llegar?
Tú ponderas tu tormento:
y á comprender aun no alcanzas
este ciego amor violento,
que irrita mi sentimiento
matando mis esperanzas!
Mas, qué es esto, corazon?
Oh! vuelve en ti, noble asilo
de mi acendrada pasion!
Si es sufrir tu obligación,
sufre, corazon, tranquilo.

Deberes hay que cumplir y
sagrados! Ah! y entretanto
no hay tiempo para gemir!
Corazon, ahoga tu llanto:
tu obligacion es sufrir.

ESCENA VII.

TELLO y BLAS.

TEL. Hola, Blas! mi pobre sordo;
tendré que hablarle por señas
porque no oye nada. Y bien! (*alto*)
tienes aun mucha sordera?
Estás mejor?

BLAS. Eh? no entiendo!

TEL. Desde la herida funesta
que recibí por salvarme...
fue terrible! y su cabeza
está siempre trastornada.
Vamos, ven aqui: te encuentras
peor acaso? (*alto*.)

BLAS. Eh? asi, asi.
(*encogiéndose de hombros*)

los dolores no me dejan
descansar un solo instante;
pero por mas que se empeñan
en molestarme; yo fuerte
siempre.

TEL. Por qué no te acuestas? (*alto*.)

BLAS. No alce usarcé la voz tanto.

TEL. Si hablo bajo, cómo oyeras?

BLAS. Es verdad; pero esta noche
oigo mas; y mejor fuera
que no oyese tanto á veces.

TEL. Qué dices?

BLAS. Nada.

TEL. Me dejas
absorto: que á mis preguntas
respondes con tal presteza,
que estando sordo, no sé
cómo puedes comprenderlas.

BLAS. Segun el viento que sopla
oigo mas ó menos; esta
noche viene del sur, y por eso
oigo algo, y daros pudiera (*con misterio*.)
noticias muy importantes.

TEL. Tú? cuáles? habla.

BLAS. Y muy frescas.

TEL. Despacha.

BLAS. Pero no: temo
que os irriteis, y se pierda
todo.

TEL. Estás loco? Tú quieres
que yo pierda la paciencia?
Qué ocurre?

BLAS. Me dáis palabra
de no irritaros?

TEL. Qué tema!
Si, te la doy: pero al caso.

BLAS. El caso es... una friolera:
que entra un hombre en vuestra casa
cuando vos no estais en ella.

TEL. Un hombre! Acaso mi hermana...

BLAS. Pues ya! es hermosa la hembra,
y qué extraño la enamoren!

TEL. (Puede ocultarme... sospechas,
despacio: ay de ambos! si infames
á mi limpio honor atentan!)
Tú le conoces?

BLAS. Oh! si:
aunque entre dos mil le viera,
no se me despinta: su aire
que es algun noble revela,
mas no de los nuestros.

TEL. Qué oigo!
De los contrarios? Oh mengua!
Algun traidor! En su sangre
yo quiero lavar mi afrenta!

BLAS. Lo mismo que yo temia!
Todo por vuestra violencia
lo vais á echar á perder,
y os digo... maldita lengua!

TEL. Tienes razon, porque la honra
moderacion me aconseja.
Y cuándo viene?

BLAS. A estas horas.

TEL. Ahora acaso?

BLAS. Solo esperan
que os acostéis.

TEL. Y mi hermana
le aguarda?

BLAS. Con impaciencia.

TEL. Bien; retirate; ella sale.

BLAS. Os encargo la cautela,
la moderacion.

TEL. Bien, vete.

BLAS. Y por vos el sordo vela.

ESCENA VIII.

INES, TELLO.

INES. Ya tienes en tu aposento
la luz.

TEL. (Finjamos.) Muy buenas
noches, hermana.

INES. Descansa
sin temor. (Nada sospecha.)

ESCENA IX.

INES.

De su caracter altivo
todo lo temo si viera
á D. Pedro. Ya no debe
tardar; si los centinelas
al pasar le han conocido...

Oh! cuánto por mi se arriesga!

Solo el amor más profundo
puede obligarle á que venga,
entre tantos enemigos
esponiendo su cabeza.

Mas oigo ruido; será
D. Pedro! El es!

ESCENA X.

DON PEDRO, INES.

PED. Inés bella!

INES. Ah! Con qué afan te aguardaba
mi corazon impaciente,
y tu tardanza á mi mente
de espanto y terror llenaba.
En poder de tus contrarios
ya preso verte creia,
y por tu vida temia.

PED. No temo á mis adversarios.

Que solo por verte, Inés,
los peligros sé arrostrar.

INES. Ah! cómo podré pagar

tan amoroso interés!
Y ninguno te ha seguido?
Te han visto escalar el muro?

PED. En Játiva estoy seguro,
que nadie me ha conocido.

La noche es opaca y fria;
porque quiso mi fortuna
que no la alumbre la luna;
nada temas, Inés mia.

INES. Tu vida es mia, Señor.
Guardala.

PED. Mi gloria es mucha;
feliz el hombre que escucha
tantas finezas y amor.
Feliz yo, que en mi ventura
cuando tu esclavo me ofrezco,
ese tesoro merezco
dé tu divina hermosura.

INES. No me has olvidado?

PED. Inés,
toda la vida que aliento,
diera por este momento,
en que me arrojó á tus pies.

INES. Y á mi las horas, los días,
que ausente estoy de tus ojos,
siglos parecen de enojos,
y fristes melancolias.

Y verte siempre creyendo,
en el balcon esperando,
ay! van las horas pasando
y mi esperanza muriendo.

PED. Y tu hermano?

INES. A descansar
se retiró ahora.

PED. (Nada
de la trama preparada
sospecha; voy á triunfar.)

INES. Qué tienes? Estás inquieto.

PED. Inquieto yo? No lo creas.
Me atormentá que no seas
mi esposa.

INES. Yo te prometo
que lo seré.

PED. Tal ventura!

INES. No será tu anhelo vano;
hablar debes á mi hermano,

PED. A tu hermano? qué locura!
Se opondrá!

INES. Le llamaré.

PED. Detente, nés.

INES. Ah! no cedés?

Manifestarle ahora puedes
la pureza de tu fé.

Y como hagas lo que digo,
es mi hermano tan honrado,
que en su casa respetado
por él será su enemigo.

PED. Qué dices! (Confuso estoy.)

INES. Dudas?

PED. Mi suerte es terrible;
que esta union es imposible
mientras su contrario soy.

INES. Por qué?

PED. No lo sabes? Pues

dime; si su hermano fuera
y frente á frente le viera
conmigo en el campo, Inés;
ya respetara su vida
ó hiciera mi obligacion.

no fuera yo con baldon
ó traidor ó fratricida?

No, no; ya que otro camino
nuestra desdicha no alcanza,
pongamos nuestra esperanza
en las manos del destino.

Y cuando cese el furor
de estas discordias, yo ufano
vendré á pedir á tu hermano
el premio de nuestro amor.

INES. Ay esperanza tardia!

PED. Qué temes?

INES. Mi mal extremo;
temo á mi fortuna, y temo
del fin de esa lucha el dia.

PED. Por qué?

INES. Tu ilusion te engaña;
que lograda la victoria,
entre el baldon y la gloria
mas se encenderá la saña.

Y mi hermano en su rencor
si ve su bando abatido,
no se humillará vencido
á mi amante vencedor.

PED. Y no podremos lograr
que á nuestro pendon se acoja?

INES. Solo de oirlo se enoja.

PED. Por Dios que lo he de intentar.

Yo confio... (Mas ya es hora;
y pues descansa...) A partir
voy.

INES. Ya te quieres ir?

PED. Antes que salga la aurora
en mi campamento estar
debo.

INES. Y cuándo volveré
á verte?

PED. No tardaré: (con intencion.)
mañana acaso.

INES. Oh! tormento!

PED. A Dios, Inés mia!

INES. A Dios!

Mi pena en vano sofoco.
(al marcharse don Pedro; Tello aparece, y le de-
tiene.)

ESCENA XI.

Dichos, TELLO.

TEL. Caballero, poco á poco,
tenemos que hablar los dos.

ESCENA XII.

DON TELLO, DON PEDRO, INES.

TEL. Inés, te puedes quedar.

Me inspiraste tanta fé,
que yo nada te oculté;
pues de ti tengo que hablar,
en tu presencia hablaré.

Quién sois, y á qué habeis entrado?

No respondeis! Hacedis bien;
pues lo acerté de contado,
ese rostro recatado
y ese silencio tambien

diciendo estan á porfia;
ó que sois un falso amante,
ó sois un traidor espia:
ningun hombre de hidalguia

muerto soy; fué una torpeza
mia quedarme con él.)
INES. Y así me quieres dejar,
y tu existencia arriesgar
en un combate! Cruel!
(*sigue el ruido de mosquetazos y rebato.*)
PED. Oh!
BLAS. (Buena zambra se ha armado!)
Cuántos habrán ya caído?
Yo de ellos hubiera sido
á no haber sordo quedado.)
INES. Ah! mis temores son ciertos.
Qué espantosa oscuridad!
BLAS. (Las calles de la ciudad
estarán llenas de muertos.
Ay! qué miedo estoy temblando
de pensarlo solamente!
que no sea yo valiente!
Ahora estaría peleando,
ó no peleara quizás,
porque ya me hubieran muerto.
Mas vale ser sordo, cierto,
y cobarde, mucho mas.)
PED. Si vencieran mis amigos...
mas los pueden derrotar,
y me vendrán á buscar
entonces mis enemigos.
Será mi muerte segura.
INES. Incertidumbre espantosa!
Si mi hermano...
PED. Inés hermosa...
(Finjamos.)
BLAS. (La broma aun dura.)
PED. Qué ha podido suceder?
INES. No sé; pero al verte aquí!
estoy mas tranquila.
PED. Y si
á prenderme luego han de volver?
INES. Ya lo olvidaba; es verdad.
PED. Dejarme encerrado aquí...
Se quieren vengar en mi.
INES. No es capaz de tal maldad
mi hermano; no puede ser.
PED. Oh! y este sordo maldito...
De su auxilio necesito:
las puertas voy á romper.
En vano, de hierro son;
y no hay medio de escapar.
INES. Dios mio!
PED. Voyme á salvar
saltando por el balcon.
INES. Detente; es muy elevado,
y el foso de agua está lleno?
PED. Con una cuerda, sereno
yo le atravesaré á nado.
Este sordo la pudiera
buscar, y te ayudaria
á sostenerme, Inés mia.
BLAS. (Otra vez á la sordera,
si de esta salgo con bien,
no me meto en otra, no!)
PED. Trae pronto una cuerda. (*alto.*)
BLAS. Eh?
PED. Oh!
Maldito seas!
BLAS. (Amen.)
PED. Te voy á abogar en mis brazos
si no me oyes.
INES. No conoces

que es idiota?
BLAS. Ay!
PED. Si das voces
te hago doscientos pedazos.
BLAS. Ay! ay! (Quién me salvará
de sus garras! Asesino!)
INES. Suéltale.
PED. Qué oigo! (*se abre una puerta.*)
BLAS. (Divino
Salvador! Me ahogaba ya.)

ESCENA XIX.

Dichos, TELLO.

INES Ah! mi hermano!
BLAS. Mi amo!
PED. Tello!
BLAS. (Su venida me ha salvado;
que ya me creia ahogado;
tendré amaratado el cuello.)
TEL. (Contendré mi indignacion
que el ser mi hiesped le escuda.
Voto á san Gil; y no hay duda
que es cómplice en la traicion.)
Don Pedro!
PED. Qué me queréis?
TEL. Pocas palabras gastemos.
INES. (Temo mucho sus extremos.)
TEL. Franca la puerta teneis.
PED. é INES. Ah!
TEL. Pues quiso vuestra estrella
que en mi casa hayais entrado,
no se dirá que he abusado
y que os he prendido en ella.
En el campo frente á frente
nos podremos encontrar,
y en él os he de probar
quien soy.
PED. Sé que sois valiente.
BLAS. (Como yo cobarde; y qué?
Cada cual tiene su gusto:
si no me muero del susto...
Dejarle ir! Lo siento á fé.)
TEL. Tomad un pase, y salid (*se lo dá.*)
de la ciudad al momento;
ó temer un escarmiento
terrible.
PED. Tello!
TEL. Partid.
A los vuestros he vencido,
y aunque el combate deje
por libertaros, obré
como no habeis merecido.
Vos mancillais vuestro honor,
yo respeto mi conciencia,
mirad, pues, la diferencia
que hay del noble al tejedor.
PED. Pero por qué es el disgusto?
TEL. Por vos, don Pedro, os lo he dicho:
sea razon ó capricho
que me obedezcáis es justo.
PED. Tello!
TEL. Está acabado.
PED. Tello!
Qué decis? Ya estais fatal.
TEL. Podemos acabar nial;
capitan, no hablemos de ello.
PED. Como queráis; mas yo insisto...
TEL. De esa traicion execrable

vos sois el primer culpable.

PED. Mirad bien...*(confuso.)*

TEL. Si, vive Cristo!

PED. Yo!

TEL. No espereis me convenza;
antes la verdad es clara,
que ya se os pinta en la cara
el color de la vergüenza.

PED. Pues tal concepto os merezco,
á Dios, Tello; me vereis
bien pronto.

TEL. Cuando gustéis.

PED. Desengañaros ofrezco.

TEL. Me basta con la intencion;
y antes dejad que os advierta,
que si entráis por esa puerta
saldreis por ese balcon.
(cierra de golpe la puerta.)

ESCENA XX.

INES, TELLO, BLAS.

INES. Ah! gracias, hermano mio.

Procediste como honrado,

TEL. Nunca al honor he faltado;
pero ahora en tu honor confio.
Mañana á reunirse vas
con doña Mencía.

INES. Yo?

TEL. No has de estar sola aqui, no;
en su casa vivirás
mientras dura la contienda.

INES. Te obedeceré!

BLAS. Y tambien *(bajo á Tello.)*
con ella iré?

TEL. Si. *(id.)*

BLAS. Muy bien. *(id.)*
Tendrá en mi quien la defienda.

ESCENA ULTIMA.

Dichos, DOÑA MENCIA, DON FERNANDO, soldados, pueblo con hachas encendidas.

PUE. Victoria!

SOL. Victoria!

MEN. Amigos,

dignos sois de este loor,
que hizo huir vuestro valor
á traidores enemigos.

Si las guardias sorprendieron
y entraron en la ciudad,
de tanta temeridad
el castigo recibieron.
En las calles han quedado
muertos los mas atrevidos.

BLAS *(No dije yo)*

MEN. Perseguidos
van aun, y pues he admirado
yo misma tanto valor
y heroismo, saludad
de esta invencible ciudad
al mas noble defensor.
Al de Luzan.

TEL. *(Don Fernando!)*

PUE. Viva Luzan!

OTROS. Viva!

MEN. El hoy
ha sido el héroe.

FER. Os estoy

reconocido; lidiando
he cumplido mi deber.

MEN. Mas no todos le han cumplido.

Hay quien del combate ha huido.
(con intencion, mirando á Tello.)

FER. Huir!

OTROS. Quien!

TEL. *(Lo he de saber.)*

Oh! quien en Játiva obrar
pudo tan cobardemente?

MEN. Calmaos; no está presente,
y no le quiero nombrar.

TEL. *(De mi sospechar pudiera!)*

MEN. Aunque es humilde este don
tomad.

(se quita la banda que lleva al pecho y se la dá á don Fernando.)

FER. Sobre el corazon
la llevaré hasta que muera.

TEL. *(Oh! El conquista la palma
que yo tanto ambicioné!
Y yo que el triunfo alcancé...)*

Calma, pobre Tello, calma.

Con injusticia ella ha obrado,

mas cese mi sentimiento,

que ahora debo estar contento

pues la ciudad he salvado.)

Parto hoy mismo á la campaña,

y juro que he de morir,

ó una bandera rendir

á vuestros pies! Viva España!

(pasa por enmedio de todos que esclaman tambien.)

TODOS. Viva!...

ACTO SEGUNDO.

Sala en la casa de doña Mencía. Dos puertas á cada lado y un balcon en el fondo, por el cual se vé la muralla.

ESCENA PRIMERA.

INES, BEATRIZ, BLAS, INES Y BEATRIZ *están escuchando junto el balcon, BLAS acurrucado en una silla en un extremo del teatro.*

INES. No oyes nada?

BEA. Todo está
en silencio.

INES. Dios piadoso!
qué habrá sido de mi hermano?

BEA. Por qué no mandais al sordo,
y él pudiera averiguar

(Blas la mira con ceño.)

lo que ha sucedido?

INES. Y cómo?

BEA. Saliendo de las murallas.
(gesto burlon de Blas)

INES. Eso no, de ningun modo.

BEA. Por qué?

INES. Y el peligro?

BEA. Ya
ha cesado el alboroto.

INES. Mas pudieran encontrarle
los contrarios, pobre mozo!
y es tan desgraciado!

BLAS. *(Mucho!)*

BEA. Y bonito como un oro.

BLAS. (Pues por eso, es una lástima que me sacudan el polvo.)
 BEA. Mas procurando advertirle, aunque él no es muy animoso, que no se arriesgue...
 BLAS. (Si el riesgo está donde yo me pongo.)
 INES. Si alcanzo que me comprenda, no habré conseguido poco.
 BEA. Probemos.
 INES. Vas á buscar *(en voz alta.)* á Tello.
 BLAS. Serán las ocho.
(después de recapacitar un instante.)
 BEA. Está tu dueño en peligro.
(llevándole al balcon y señalando al frente.)
 BLAS. Parece boca de lobo.
 No vi noche mas oscura!
 BEA. Qué oídos!
 BLAS. (Si, son de corcho.)
 INES. No hay medio de que comprenda.
 BEA. Seguro.
 BLAS. (Pues soy yo bobo?
 Ya á mi me han zurrado bien:
 ahora, que les toque á otros.)
 BEA. Aquí está doña Mencia,
 y ella tal vez...

ESCENA II.

Dichos, y DOÑA MENCIA, sale pensativa por la izquierda.

MEN. Nada oigo!
 Cesó el combate.
 INES. Señora!
 MEN. Eres tú? Qué tienes?
 INES. Lloro
 de pesar.
 MEN. Si, pobre Inés!
 INES. Si víctima de su arrojo
 acaso... Nada sabeis?
 No ha vuelto Tello?
 MEN. Lo ignoro.
 No ha mucho que de las armas
 aun el rumor espantoso
 atronaba el campo, y ya
 parece tranquilo todo.
 INES. Si, mi desdicha es segura.
 MEN. Ese dolor, lo conozco,
 es justo, pero tu hermano
 es cauto cuanto animoso.
 Pésame de que yo sea
 la causa...
 INES. Oh! en vuestro rostro
 mortal palidez se pinta!
 Brota el llanto en vuestros ojos!
 MEN. Es verdad, te lo confieso;
 mas puede causarte asombro,
 que mi injusticia repare
 con el pesar que devoro?
 Fui cruel! herí el orgullo
 del mas noble y generoso
 corazon!
 INES. Dudar de Tello!
 MEN. Inés, no me lo perdono.
 ¿No es él, quien leal y osado
 siempre, con aliento heroico,
 de nuestros muros sustenta
 los ya abatidos escombros?

No es él por quien mira España
 renovado entre nosotros,
 de Numancia y de Sagunto
 el sacrificio glorioso?

INES. Callad! No ois?
 MEN. En efecto...
 INES. Si, no me engaño: ya próximo
 se oye...
 BEA. El enemigo?...
 MEN. No:
 son señales de alborozo.

ESCENA III.

Dichos y DON FERNANDO.

FER. Señora!
 MEN. Quién! Don Fernando!
 Qué sucede? Ese alboroto...
 FER. Lo causa nuestra alegría.
 MEN. Venis...
 FER. Rebozando en gozo.
 INES. Se salvó Tello?
 FER. Ahora mismo,
 seguido del pueblo todo,
 entra en Játiva.
 MEN. Con gloria?
 FER. Como siempre, victorioso.
 MEN. Gracias os doy, Dios clemente!
 Ay! temí que de mi enojo
 ofendido...
 FER. Qué, señora?
 MEN. Y él se venga de ese modo!
 Se adelanta á Tello, que sale por la derecha, seguido de
 algunos soldados y hombres del pueblo. Tiene una ban-
 dera que se supone cogida á los franceses.

ESCENA IV.

Dichos, TELLO, soldados y pueblo.

MEN. Tello!
 INES. Hermano!
 TEL. Si, yo soy;
 ¿qué os admirais?..
 MEN. Desdichado!
 cuanto pesar me habeis dado!
 FER. (Señora!) *(ap. á ella.)*
 MEN. (Si, loca estoy!)
 TEL. Quién dice que en mi lealtad
(dirigiendo á todas partes sus miradas, pero fiján-
dolas especialmente en doña Mencia.)
 cabe traicion ó mancilla?
 Aun hay quien mi fé sencilla
 acuse? Pues bien, hablad!
 Hablad, y allí volveré
 á vindicar esforzado,
 con el honor del soldado,
 del ciudadano la fé.
 MEN. Perdon! no admiro ese arrojo,
 sino el valor, noble y fiero,
 con que sufristeis primero
 mi sinrazon y mi enojo.
 TEL. Fue aquella resignacion
 desesperada, aunque muda,
 porque estaba vuestra duda
 cavando en mi corazon.
 Entonces, como el exceso
 de mi dolor no vencía,
 pensé morir! Si, Inés mia!

Inés se habrá aproximado á él, así como doña Mencía, manifestando ambas mucho interés) (viendo á Tello que se ha aproximado lentamente á ella, se levanta sorprendida.)

Si, señora! os lo confieso.

Desvanecer el error

quise, que mi fé manchaba,

que por lo demas, ya estaba

bien probado mi valor;

y con sañoso ardimiento,

y pocos bravos conmigo,

fui á buscar al enemigo

en su propio campamento.

Laurel de esta lucha fiera

os traigo, lleno de gloria,

la nueva de una victoria

que acredita esta bandera.

Y tanta mi dicha es,

que, me entré para esta hazaña,

dejando á un lado el de España,

en el campo del francés.

Ni aun se dirá que mis manos,

al darles esta derrota,

se ha teñido en una gota

de sangre de mis hermanos.

FER. Quién si no vos, osaría

(dándole la mano con entusiasmo.)

acometer tal empresa?

TEL. Y que es ella, una sorpresa...

FER. Brillante, por vida mia.

TEL. Os deben nuestros pendones

hechos...

FER. Mas no tan audaces.

MEN. De qué no serán capaces

semejantes corazones!

(colocándose entre los dos.)

FER. Si nos aninia el encanto (con galanteria.)

de esa beldad, quién estraña

cualquiera atrevida hazaña?

TEL. Eso! yo digo otro tanto.

MEN. Bien: basta! (Quiero impedir...)

TEL. Y estoy, señor, tan en ello,

que el alma y la vida...

INES. (Tello!) (ap. á Tello.)

TEL. (No sé lo que iba á decir!

Duerme en tu cárcel estrecha,

pasion!)

MEN. Y vos, don Fernando?...

FER. Señora? (Me está abrasando

en el alma una sospecha!)

MEN. Permitidme que reproche

en vos el estraño olvido...

FER. Es verdad, aun no he cumplido

mi obligacion de esta noche.

MEN. Perdonad.

FER. Es de justicia.

MEN. (Temo que no se le esconda...)

TEL. Os vais?

(viendo á don Fernando que saluda á doña Mencía.)

FER. Me toca la ronda.

TEL. Pensiones de la milicia! (saludándole.)

FER. (Con celos voy.) (vase por la derecha.)

MEN. Despejad.

Todos los que están en la escena se retiran, y solo quedan Inés y Tello; doña Mencía se ha sentado pensativa,

en un sillón á la izquierda.

INES. (Todo lo comprendo ahora.) (ap. á Tello.)

TEL. (Déjame, Inés!)

(estrechándole las manos en ademan de súplica:

Inés, se sonrie y se va por la izquierda.)

MEN. Ah!

estais aqui?...

TEL. Perdonad.

ESCENA V.

DOÑA MENCIA, TELLO.

MEN. Teneis algo que decirme?

TEL. Oh! si... (profundamente conmovido.)

MEN. Se os turba la voz!

Estais enojado aun

conmigo?

TEL. Enojado? no!

antes bien...

MEN. No fué mi intento

eso: bien lo sabe Dios!

TEL. No es eso lo que yo queria

deciros. (Tello, valor!)

MEN. Estais demudado!

TEL. Si,

por fuerza! la agitacion,

el cansancio y... (Qué diablos!

tiene de ser tan feroz?...)

Pues bien, yo...

MEN. (Se atreverá

á revelarme su amor!)

TEL. Ya lo veis, doña Mencía!

quien tiene tal condicion

que busca de los combates

el temeroso rumor:

el que insultando á la muerte

mil veces la deseo,

buscándola, como el término

preciso de su dolor,

ese, en horrenda batalla

luchando con su razon,

anonadado y cobarde

tiembla delante de vos.

MEN. Es posible! hay en el mundo

nada que cause pavor

á esa indomable fiereza?

Decid, que puedo hacer yo?

TEL. Qué podeis hacer? ay! tanto,

que no vivifica el sol

á la planta que acaricia

con amoroso calor,

como vos podeis, señora,

que astro de ventura sois,

dar la vida y la alegria

á este pobre corazon. (pauza.)

MEN. Es tal mi sorpresa, Tello,

y tan admirada estoy

de escucharos, que me falta

el aliento, con la voz.

TEL. Estais enojada! Eso (con amargura.)

ya lo imaginaba yo,

doña Mencía. Atreverse

un plebeyo, un tejedor ..

MEN. Os engañais: ya á mis ojos

la gloria os ennobleció,

y para mi sois tan bueno...

tan bueno como el mejor.

Pero este luto, estas hondas

señales de mi afliccion,

pensé yo que merecieran

piedad, si respeto no.

Viuda de un noble marido

que la infame delacion

de un villano, á la venganza
del francés sacrificó,
sola me encuentro en el mundo;
mas solo le pido á Dios
fuerzas para alimentar
su recuerdo y mi dolor.

TEL. Pues bien; mi vida, mi brazo
se consagran desde hoy
á vengaros.

MEN. Esa fuera (*con exaltacion.*)
mi felicidad mayor.

TEL. Y asi, al menos, si no logro (*con timidez.*)
vencer vuestra obstinacion,
sabré que existe en el mundo
este lazo entre los dos.

MEN. Basta! (*haciendo ademan de irse.*)

TEL. Bien, pero decidme...
ni cólera ni rencor
me guardais?

MEN. Por qué? No, Tello.

TEL. Ni vais enojada!

MEN. No.

Os debo tanto!

TEL. Señora!
qué decis?

MEN. Siento por vos,
no amor, que os engañaria:
afecto y admiracion.

TEL. Y si á eso la gratitud (*animándose.*)
se añadiese...

MEN. Tello, á Dios!
(*conmovida y dirigiéndose á la puerta de la izquierda.*)

TEL. (No desmayes, esperanza!)

MEN. (No vaciles, corazon!) (*vase.*)

ESCENA VI.

TELLO, DON FERNANDO.

FER. Grande ha sido mi alegria
al saber vuestra llegada.
Temi que en una emboscada
cayerais, por vida mia.

TEL. Pues en ninguna he caido.

FER. Y si vencido volviera?

TEL. Facil es que muerto hubie ra,
sin que volviese vencido.

FER. Admiro vuestro valor:
Y del tantas pruebas dais,
que al mas noble os igualais,
aunque humilde tejedor.

TEL. El titulo de valiente
segana solo lidiando,
el de noble, don Fernando,
se adquiere mas facilmente.
Sin duda es este un blason
para el que heredarlo pueda;
pero el otro no se hereda,
pues nace del corazon.
De ambos estais adornado.

FER. Y vos ambos mereceis;
lo que heredado no habeis
vuestro valor lo ha ganado.
Mudemos conversacion;
de otra cosa hablaros quiero.

TEL. Os escucho, caballero.

FER. Me direis vuestra opinion?

TEL. Franco soy, os la diré.

FER. Y tambien os pediria,

si en ello no os ofendia,
que me ayudárais.

TEL. No á fé.
Si en algo os puedo servir,
no teneis mas que mandar;
conmigo podeis contar,
don Fernando, hasta morir.

FER. Esa palabra me alienta
á descubrirros mi pecho,
y rébelaros...

TEL. Sospecho...

FER. La pena que me atormenta.
Sabed, buen Tello, que adoro
á una muger.

TEL. No lo estraño.
Soltero sois.

FER. Por mi daño
de sus gracias el tesoro
de tal modo me enamora,
que si no le poseyera
de dolor quizá muriera.

TEL. Mucho vuestra alma la adora!

FER. Oh! si; con delirio tal,
que si otro hombre ambicionára
el mismo bien, le matára.

TEL. Oh! desgraciado el mortal
que los ojos ponga en ella
si le aguarda ese destino;
será, según imagino,
dama á par que noble, bella?

FER. Es muy ilustre su cuna,
y mas hermosa que el sol;
no hay en el suelo español
otra igual.

TEL. Vuestra fortuna
envidia; porque yo creo
que sereis correspondido;
gallardo, y tan bien nacido,
lograreis vuestro deseo.

FER. Esa es mi pena mayor;
que ignoro si soy amado.

TEL. Pues qué, no la habeis hablado
acaso de vuestro amor?

FER. Hartas veces se lo he dicho.

TEL. Mostróse esquivá tal vez?

FER. Amigo, no sé, pardiez,
si es desvio, ó si es capricho.
Mas cuando la hablo de amor,
tratar quiere de otras cosas.

TEL. Las damas son caprichosas.

FER. Y la debo algun favor;
que la banda que estais viendo
fué don suyo.

TEL. Ya comprendo.
(Cielos!) Es ..

FER. Doña Mencia!
Pero quedasteis parado;
á qué atribuirlo no sé.

TEL. Franqueza igual usaré,
pues la habeis conmigo usado.

FER. Qué decis?

TEL. Que tambien yo
amo á esa dama.

FER. Vos, Tello?
Loco estais.

TEL. Convengo en ello.
Loco cual vos, por qué no?

FER. Que hasta mi se iguale osado
un pechero, sufriré ..

TEL. Si nobleza no heredé,
con mi valor la he ganado.
Vos lo habeis dicho.

FER. Y aguanto!..

TEL. Alma tenemos los dos,
y amar puedo como vos,
si no mas, al menos tanto.

FER. Y tuvisteis la osadia
de decirla..?

TEL. La he tenido;
ahora que la amo ha sabido,
que hasta hoy calló el alma mia.
Mas nada pude alcanzar.

FER. Fuera locura el creer...

TEL. Que me ame? Bien puede ser.
Sabré sufrir y esperar.

FER. Oh! No tolero que vos
os atrevais...

TEL. A adorarla?
Quereis de mi alma arrancarla?
Mucho quereis, vive Dios!

FER. Oh! veremos.

TEL. Si, veremos.

FER. A uno de ambos morir toca,
Tello.

TEL. A un duelo me provoca?

FER. En el mundo no cabemos.

TEL. Conforme estoy con vos, si;
mas un duelo no admitiera.

FER. Cómo! vos!

TEL. Si tal; que fuera
de vos indigno y de mi.

Cuando el enemigo se halla

al frente, combatiremos

nosotros? Morir debemos

en los campos de batalla.

En ellos está la gloria

que podemos conquistar,

si logramos arrancar

un laurel á la victoria.

Porque nuestra mutua saña

estéril sangre vertiendo,

será fecunda, muriendo

por la ventura de España!

FER. Dadme esa mano.

TEL. Tomad.

FER. Tello, convencido estoy;
muramos, defendiendo hoy,
el pendon de la ciudad!

ESCENA VII.

TELLO, INES.

INES. Hermano mio! gozosa
vuelvo á verte; qué agitada
durante tu larga ausencia
por la inquietud mas tirana!
Un siglo me han parecido
los días que separada
he vivido de tu lado;
que en ti pensando tu hermana,
he visto morir la noche,
y nacer tambien el alba;
presentándose á mi mente
los mas sangrientos fantasmas,
sombras de mi pensamiento
que eran verdugos del alma.

TEL. Ya pueden cesar, Inés,
los temores que asaltaban

á tu ardiente fantasia;
y debes estar ufana
de que haya vuelto tu hermano
con mas honor y mas fama;
pues no faltó quien creyera
que yo mi honra mancillára,
y ahora vé que se ha engañado,
pues con mas brillo resalta,
como el sol tras de las nubes
que su luz brillante empaña.
Pero ahora que estamos solos
despues de la noche aciaga
en que, por mi mal, Inés,
tu amante encontré en mi casa;
quiero hablarte como hermano
y como padre te hablára,
que lo he sido para ti,
si como hermano no basta.
Yo habia depositado
en ti mi honor, pues pensaba
que fueses, como prudente,
tan discreta y recatada.
Pero cuál no fué mi asombro
al naufragar mi esperanza
en el mar del desengaño,
cuando menos lo esperaba.
Al hombre que en tu aposento
sorprendi, yo le matára,
mas procedí como honrado,
y le salvé, porque estaba
en mi casa; aunque sospechas
tuve bastante fundadas,
de que la traicion aquella
por él debió ser fraguada.

INES. Ah! Tello! no, no lo creas;
ignoró lo que pasaba;
me lo hubiera revelado
en aquellas circunstancias,
y como yo no sabia
de aquel estruendo la causa,
yo te juro...

TEL. En vano, Inés,
tu de disculparle tratas,
que al defender al traidor,
mas me ofendes y me agravias;
ah! no he podido encontrarle
en el campo de batalla;
alli solos frente á frente
y cuerpo á cuerpo lidiára,
porque en su sangre deseo
lavar de mi honor la mancha.
Mas ya que por no encontrarle
no pude tomar venganza,
te advierto que si otra vez
alientas sus esperanzas,
que no he de ser yo quien soy,
ó no ha de ver realizadas,
si atrevido se presenta
donde la muerte le aguarda,
no solo me he de vengar
en el traidor que me infama,
sino en la muger que olvida
sus deberes, y me engaña.
Esto te lo digo, Inés,
por última vez; que te ama
mi corazon, no lo ignoras,
y ojalá que no te amara
tanto, si he de recibir
desengaños que me matan.

INES. Confieso que he obrado mal
en no rebelarte, ingrata,
que encendió mi tierno pecho
de su amor la viva llama.
Pero no temas que falte
á lo que el deber me manda,
á lo que tu honor exige
y lo que el mio reclama.

TEL. Me complace el escucharte,
y confio en tu palabra,
porque siendo sangre mia
no puedes, no, violarla;
piensa que muchos te observan,
y estás en agena casa;
ahora me retiro, Inés,
adios queda; hasta mañana.

INES. El vele por ti.

TEL. Un abrazo.

INES. Ah! te lo doy con el alma.

ESCENA VIII.

BLAS.

Le acompaña hasta la puerta;
la muger es buena alhaja!
la que parece oro fino
es una moneda falsa;
mucho abrazo y te prometo,
y te juro .. en mi descansa,
mientras la calle rondando
está uná sombra ó fantasma.
Oh! pues se ha de llevar chasco
esta noche, que mi cama
ha de ser este balcon,
por cierto no será blanda;
mas contaré las estrellas,
y me besarán las auras.
Vuelve Inés; en el balcon
me acurrucaré hasta el alba.
(entra en el balcon.)

ESCENA IX.

INES.

Oh! qué bueno es para mi!
y yo cruel le engañaba!
Habrá salido don Pedro
de la ciudad? Pues jurára
que ha cruzado por la calle;
mas no será. Oh! Dios! Quién salta
por el balcon! Es un hombre:
cielo santo!

ESCENA X.

DON PEDRO, saltando por el balcon, embozado.

PED. Inés!

INES. Ah!

PED. Calla.

Con un bulto he tropezado
al saltar.

BLAS. Pues ahora escampa.

INES. Será ilusion.

PED. No, es un hombre.

BLAS. (Digiste mal; es un mándria
que ya está muerto de miedo.
Fingiré dormir; Dios me valga!)

PED. El sordo! Le mataré.

BLAS. (Tentacion mas endiablada
puede ocurrirse á un cristiano!

Judio ha de ser!)

INES. Aguarda.

No le despiertes: dormido
ese pobre imbécil se halla.

BLAS. (Bendita sea tu boca!)

PED. Pues dormirá con las ánimas
y descansará mejor.

BLAS. (Maldita sea tu estampa.)

INES. Detente. Ocúltate aqui; (*en una de las puer-*
tas.)
y yo le haré que se vaya.

PED. Bien, cedo; pero al instante. (*se oculta.*)

BLAS. (Respiro. Ya encomendaba
mi alma al Señor, y mi cuerpo
á los grajos.)

INES. Blas! Levanta!

Vete á acostar.

BLAS. Eh!

INES. A dormir.

BLAS. Eh! ya voy.

INES. Vamos, despacha.

BLAS. Eh! eh! eh!.. (De buena escapo!)

INES. Ya se fué; estoy aterrada.

ESCENA XI.

INES Y DON PEDRO.

INES. Cielos!

PED. Inés! (*ap. con enojo.*)

INES. Cómo aqui
te encuentras?

PED. Aunque he querido
salir, posible no ha sido:
verte anhelaba, y volvi.
Escondido estuve en tanto
de un amigo en el hogar.

INES. Vienes otra prueba á dar
de tu amor? Te adoro tanto!...
Tu nombre en mis oraciones
mezclaba no hace un instante;
para que el cielo á mi amante
guiara.

PED. Sus habitaciones...
(*ap., reconociendo la estancia.*)

Este de doña Mencia
es sin duda el aposento.

INES. Triste estás!

PED. No, muy contento...

INES. Noto una melancolia...
Tan frio á mi lado estás...
nunca tan indiferente...

PED. Yo, Inés, cuando el alma ardiente
no te puede querer mas?
(Y no miento, pues la quiero
lo mismo que cualquier dia.
Si llega doña Mencia!.. (*impaciente.*)

INES. Con un rostro tan severo...

PED. No para ti, Inés querida.
(Si la pudiera alejar...
antes me debo informar...)
Di, ¿no tiene otra salida...
á la calle?..

INES. La que ves.
Esa puerta á otros salones
dá; son las habitaciones
de doña Mencia.

PED. Inés,
y cómo de ti se aleja?..

INES. Te pesa?

PED. Pesarme, á mi!
Al contrario, pues así

mas ocasiones nos deja.

INES. Siempre en la guerra ocupada
no sosiega ni un instante,
con su espíritu arrogante
la ciudad entusiasmada
tiene, y solo en su defensa
se ocupa; por eso yo
casi nunca la veo.

PED. (Oh!
Será una ventaja inmensa
para mi pendon, quitar
ese constante elemento
que á mis contrarios da aliento.)

INES. Qué, vuelves á vacilar?

PED. No, pensaba...

INES. En la salida?

PED. Justo! aunque estando á tu lado,
sus riesgos, dueño adorado,
ciego el corazon olvida.
Ademas, por el balcon...
A mi escudero dejé
y está de la escala al pié,
y en cualquiera habitacion...
Yo de pronto me escondiera
como alguien aqui llegára
de improviso; y me ocultára
aunque en ese cuarto fuera.

INES. En ese? No.

PED. Por qué no?

INES. Se encuentra doña Mencia
orando en él.

PED. (Oh! alegría!)

INES. Pero hay otros: temes?

PED. Oh!

Por ti no mas. (Si pudiera
alejarse...) Pues te vi,
debo ausentarme de aqui.
Porque si alguien nos oyera!
Aunque es egoista el amor,
Inés, te debo rogar...

INES. Qué?

PED. Te debes retirar.

Pudieran oír el rumor
de mis palabras.

INES. Oh! cómo?

Todos tan lejos están,
que á no vocear...

PED. (Ah! mi plan
triunfa!)

INES. Aun no te vas.

PED. (Qué plomo!)

Bien conoces de tu hermano
el carácter altanero.

INES. Detenerte mas no quiero.

PED. A Dios, serafin humano!

Llega á mi, gentil palmera!
Tal en amantes abrazos
borda, con floridos lazos,
al olmo la enredadera.
Y abrazándole traidora,
su apoyo busca, y creciendo,
de aquel árbol consumiendo
va la sábia bienhechora.

INES. Quién es la vid, de los dos?

PED. El tiempo lo dirá, Inés.

INES. Yo, nunca!

PED. (Qué inocente es!)

INES. El cielo te guarde.

PED. A Dios!

(don Pedro sale por el balcon; pero no baja hasta
que vé á Inés retirarse.)

ESCENA XII.

DOÑA MENCIA.

Los dos juran su pasion,
y aunque sienta por alguno
inclinado el corazon,
no debo en tal situacion
decirme por ninguno.
Noble, audaz y liberal
mucho don Fernando vale;
digno es de mi cada cual,
que á franco, valiente y leal
no habrá quien á Tello iguale.
Mas si á uno de ambos prefiero
y ya por él me decido,
cuando unidos verlos quiero,
quizás con enojo fiero
rencorosos los divido.
Si es de ambos aliento y guia
la esperanza lisongera
de mi amor, si tal hiciera,
del que desdeñado fuera
el valor desmayaría.
Quizá anhelan solamente
el laurel de la victoria,
por venir humildemente
rindiendo á mis pies su frente,
su alma á ofrecerme, y su gloria.
Y pues de ambos la pasion
hace que con mas teson
defiendan á esta ciudad;
mis sentimientos! callad!
Calla y sufre, corazon!

ESCENA XIII.

DOÑA MENCIA, DON PEDRO, que entra por el balcon.

MEN. Cielos! qué buscáis aqui?

PED. A vos, faro de esperanza,
que siempre lejano vi,
y entre borrascas seguí
sin una hora de bonanza!

MEN. Vos!

PED. Si, yo que ni un instante
me alejé de vuestro lado,
que con fé viva, constante,
os siguió siempre mi amante
corazon desesperado.
Yo, que en mi delirio loco
tan solo alcancé cruel,
del desengaño la hiel
y hoy, tras la tormenta toco
de mi esperanza el bajel.

MEN. Y esperais..?

PED. Nada de vos.

MEN. Entonces...

PED. Tan solo en mi,
que ahora partimos los dos.

MEN. Intentais?..

PED. Nada.

MEN. Gran Dios!

PED. Solo arrancaros de aqui.

MEN. Hablaré.

PED. Mas vuestro afan
será vano, porque están
muy lejos.

MEN. Favor imploro!
 PED. Y hace ensordecen el oro...
 MEN. Socorro!
 PED. No acudirán!
 Haciendo al candor agravio
 á Inés cegó mi falsia,
 y aquí entré.
 MEN. Vil felonía!
 PED. Diciendo amores el labio
 que el corazón no sentía!
 Os gozasteis en mi mal,
 y vuestro esposo...
 MEN. Os maldigo!
 PED. Murió; fué mi dicha cabal,
 pues matando á mi rival
 me vengué de mi enemigo.
 MEN. Alma vil! te gozarás
 en mi dolor!
 PED. Ven!
 MEN. Primero
 cobarde me matarás!
 Infame! me arrastrarás!
 PED. Vas á ser mía!
 MEN. Antes muero!
 PED. De esas iras el rigor
 no espereis que me contenga,
 que á vengar voy mi dolor.
 MEN. Un desengaño de amor
 se llora, mas no se venga.
 En vano mi amor implora,
 solo mi desden espere.
 PED. El que ciego se enamora,
 hasta en el desden adora
 de la muger por quien muere!
 Que querer siendo querido
 es no mas que agradecer,
 mas siente el amor cumplido,
 quien viviendo aborrecido
 muere de tanto querer.
 Harto le lloró, y le llora
 el alma! de fuego son
 esas lágrimas, señora!
 son la lava abrasadora
 del volcan del corazón!
 Harto cobarde lloré;
 hoy de aquí os arrancaré.
 Venid, ó...
 MEN. Solo en pedazos!
 PED. Fuerza les sobra y mis brazos;
 en ellos os llevaré!
 MEN. Traidor!
 PED. Ni un instante espero!
 Temed!
 MEN. Desprecio no mas
 me inspirais!
 PED. Mi arrojo fiero
 os probará...
 MEN. No! antes muero!
 Socorro!
 PED. Triunfé!
 TEL. Aun no: atrás!
 (entra por el balcon, al llegar á él don Pedro arrastrando á Mencia.)

ESCENA ULTIMA.

DOÑA MENCIA, DON PEDRO, TELLO, despues INES, BLAS,
 DON FERNANDO, soldados.

PED. Tello!

TEL. Yo soy; tu escudero
 que te aguardaba en la calle,
 te espera en el otro mundo.
 PED. Muerto!
 TEL. Cual tú, miserable!
 (le va á matar con una daga y le detienen.)
 INES. Cielos!
 TEL. Aparta, traidora!
 MEN. Deteneos; en su sangre
 no debeis mancharos vos.
 Condennan los tribunales
 al traidor.
 TEL. Si, decis bien
 PED. La ira me abrasa!
 INES. Ah!
 (salen soldados con don Fernando.)
 TEL. Llevadle!
 BLAS. (Me alegro: lo ha merecido
 pues quiso ha poco matarme.
 La ley del talon.)
 FER. Venia
 á defenderos. (á doña Mencia.)
 TEL. Ya es tarde.

FIN DEL SEGUNDO ACTO.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

TELLO, soldados, pueblo armado, BLAS, UN OFICIAL

TEL. En la esquina colocad
 un grupo: allí un centinela.
 tu con otro grupo, vuela
 al otro extremo: marchad.
 OFI. Mas decidme, el enemigo...
 TEL. De todo se apoderó,
 solo este barrio quedó
 por nosotros; si consigo
 defenderlo, quizá en tanto
 de algunos pueblos vecinos
 nos socorran.

HOMB. 1.º (Desatinos!)
 BLAS. (Me cuento en el campo santo.)

TEL. Terrible el asalto fué!
 OFI. Yo como me hallaba aquí
 solo de esa parte vi...

TEL. En vano fiero lidié.
 Sus iras creyendo escasas,
 al asalto decididos,
 se lanzan enfurecidos
 pegando fuego á las casas.
 Ya el uno la muerte fiero
 aguarda al verlos llegar,
 anhelando aprovechar
 su único tiro certero.
 Ya al mirarse desarmado
 otro al enemigo avanza,
 y arrancándole la lanza
 espira despedazado.
 De la metralla el turbion
 desprecia otro, y atrevido
 sucumbe al bronco estampido
 del horrisono cañon!
 Y las mugeres y ancianos,
 y niños, con sus lamentos
 pueblan los nublados vientos,
 al cielo alzando sus manos.

Todos en trance tan fuerte
pidiendo venganza y guerra,
cubren la espantada tierra
llanto y luto; sangre y muerte!
Todo de sangre cubierto
un mar las calles parecen,
solo á los ojos se ofrecen
víctimas!.. Cuántos han muerto!
Quizás la prenda adorada
de mi infortunado amor,
presa ha sido del furor
de esa gente desalmada.
Quizás muertas! con Inés,
idolatrada Mencia!

Dónde estás, hermana mia?
A lidiar contra el francés.

OFI. Morireis cual tantos otros!
Ya Játiva sucumbió.

TEL. Ah! no es cierto, porque no
sucumbimos aun nosotros.
Ved que cual tigres airados
no como nobles vencieron,
pues nuestros hermanos fueron
bárbaramente inmolados.

OFI. Mas, ¿qué hacer, si nos auyentan
tan numerosas legiones?

TEL. Españoles corazones
las vencen y no las cuentan!
Con tan funestos reveses
nuestro valor no se abata,
tengo sed, sed que me mata
de sangre de los franceses!

OFI. A morir van decididos
los que aun defenderse quieren!

TEL. Los que por la patria mueren
son de Dios los escogidos.
De las virtudes la palma
rinde al que en lid valerosa
con la muerte mas gloriosa
ha purificado su alma!

BLAS. (Lo que es á mi no me escoge
su divina Magestad!)

OFI. En mi, buen Tello, fiad,
que haré cuanto se os antoje.

TEL. Claro es que apenas acabe
de cebarse en el botín
el francés, á este fortín
llegará.

OFI. Duda no cabe.

TEL. Nadie en valor os iguala:
id á vuestro puesto.

OFI. A Dios.

TEL. El nos ampare á los dos.

BLAS. Va á armarse una gresca mala!
(vase el Oficial.)

ESCENA II.

TELLO, BLAS.

TEL. Y tú, qué haces? Has pensado
cruzar de brazos?

BLAS. (Cielos!
ahora va conmigo.)

TEL. Y bien,
no respondes?

BLAS. Eh? (Me vuelvo
sordo otra vez; de este modo
si logro engañarle; quedo
libre.)

TEL. Blas! basta de broma;
no estoy para fingimiento;
en la grave situacion
en que estamos, el esfuerzo
de todos es necesario,
que todos nos aprestemos
á defender esta parte
de la ciudad, que aun conservo
libre de los enemigos.

BLAS. (Peor que peor: yo tiemblo.)

TEL. Con que vanios; ó pretendes
hacerte el sordo mas tiempo?
Vive Dios! si no respondes,
sordo de veras te dejo. (amenazándole.)

BLAS. (Y lo hará como lo dice.)

Ah! no, señor! no hay remedio,
di al traste con mi fingida
sordera.

TEL. Ya lo comprendo.
Has querido hacerte el sordo
por librarte...

BLAS. No por cierto;
por serviros solamente,
y vuestro agradecimiento
es grande por vida mia!
Despues que por vos me he hecho
sordo y aun mudo, y ha sido
este un sacrificio inmenso
que comprender no os es dado;
bien sabeis que era en extremo
habrador; y callar...

TEL. Bien,
tus servicios agradezco;
pero ahora se necesita
que te armes de valor.

BLAS. Eso
es difícil.

TEL. Qué! pudieras
vacilar? Cómo! te has vuelto
cobarde! tú que el peligro
no temias? Me avergüenzo
de oírte.

BLAS. Pues por lo mismo
que no temia los riesgos,
y sali tan mal parado
siempre que me meti en ellos,
no quiero mas...

TEL. Miserable!

BLAS. Seré lo que querais; pero
ser cobarde mas me agrada
que no perder el pellejo;
que otro hijo mejor, mi madre
no dará á luz, porque ha muerto.

TEL. Tú si que vas á morir,
y á mis manos, si al momento
no tomas este mosquete,
y no defiendes el puesto
que te señale.

BLAS. Ay de mi!

TEL. (le da el mosquete.) Toma.

BLAS. Y otra vez volvemos
á la vida de soldado!
Oh! ya me tengo por muerto,
y que toquen á difunto
y que me hagan el entierro.

TEL. A ver si te portas, Blas;
por ahora aquí te dejo,
que voy á dar otras ordenes,
y á ver si tambien encuentro

á Inés y doña Mencia,
que mucho por ellas temo. (*vase.*)

ESCENA III.

BLAS.

Id con Dios, y estad seguro
que á vuestra vuelta me han hecho
pedazos los enemigos
si avanzan hasta aquí. Bueno!
Se marchó sin que le importe
nada mi vida! Yo muero
á la primera descarga;
y qué he de hacer, Dios eterno!
habiéndoseme olvidado
manejar este instrumento:
me ha servido de bastante
fingirme sordo; mostrenco!
Oh! yo he tenido la culpa
por ser hablador! me alegre;
ojalá de un mosquetazo
me envíen á los infiernos,
para que otra vez no sea
bobo: qué digo! muriendo
para mi todo se acaba,
y me entierran, y Laus Deo.
Yo que pasaba una vida
tan regalada! Comiendo
y tumbado á la bartola,
sin hacer ni mas, ni menos:
por imbécil me dejaban,
y así ningun caso haciendo
de mi, por juzgarme sordo,
yo sabia los secretos
de todos; pues me he lucido;
el cambio ha sido estupendo!
Maldito mosquete! Estoy
por arrojarle: mas luego
vuelve mi señor, y qué hago
en este lugar? Espuesto
á que se acerquen los otros
y que me muelan los huesos;
no estoy para hacer el héroe;
que hartos son los escarmientos
que he recibido! Yo voy
á ver si escurrirme puedo
donde ninguno me vea,
pero sobre todo, Tello. (*vase.*)

ESCENA IV.

INES y DOÑA MENCIA. (*Inés viene como desfallecida,
y al llegar á las gradas de la iglesia, se deja caer
en ellas.*)

MEN. Valor, Inés!

INES. Ay! no puedo
mas.

MEN. Es posible que así
te acobardes? Ves en mi
algo que parezca miedo?

INES. Imitar vuestro valor
quisiera; mas no es posible:
ese espectáculo horrible
me causa angustia y pavor.
La sangre, el fuego, el acero...

MEN. Si; martir de su constancia,
sucumbe como Numancia
mi pueblo valiente y fiero.
Hoy vengando sus reveses

que la llenaron de asombros,
sobre calientes escombros
marchando van los franceses.
Horrenda y bárbara gloria!
Manchar en sangre sus manos
de niños y de ancianos!
Maldiga Dios su victoria!

INES. Si hubieseis visto...

MEN. Inés mia!
todo! Pese á mis enojos,
no he perdonado á mis ojos
de Játiva la agonía!
Y al rugir de la matanza,
y al pálido resplandor
de las llamas, el clarín
me ha hablado de la venganza.
Venganza! oh gran pueblo, quieres,
al ver que tu cuello oprimen
hombres que su espada esgrimen
contra niños y mugeres!
Si, te escucho: tus lamentos
venganza piden á voces,
de esos bandidos feroces
de sangre y oro sedientos.
Oh! te la daremos.

INES. No!

Cómo, si todo perdido...

MEN. Si Játiva ha sucumbido,
aun no he sucumbido yo.

INES. Y qué hareis?

MEN. Ya que entre horrores
hoy envolvernos pretenden,
al fuego que ellos encienden
lancemos á los traidores.

INES. Traidores!

MEN. La hora fatal
de su castigo ha llegado.

INES. Oh! comprendo! Desdichado!

(*levantándose con un violento esfuerzo.*)

MEN. Calla!

INES. También Carvajal?..

MEN. El que á mi vida y mi honor
osó con alma traidora...

INES. Ya sé que le odiais, señora!

MEN. Y tú?

INES. Le adoro!

MEN. Qué horror!

Inés, Inés! por el nombre
de tu madre, te conjuro.
Ese corazón tan puro
no es prenda para tal hombre.
También se arrastró á mis pies
amante.

INES. Desdicha mia!

Es decir, que me vendia!

MEN. Debes presumirlo, Inés.

INES. Perdonadme si lo dudo.

Jugando así con mi calma,
cómo destrozarme el alma
tan bárbaramente pudo?

MEN. Así convino á su intento,
y como en tu amor halló
su apoyo, en ti alimentó
ese dulce sentimiento.

Así penetrar podía
de tu protección seguro,
por el mal guardado muro
que tu cuidado le abría.
Así, cuando mis enojos

castigar quiso villano,
halló abiertos por tu mano
de mis puertas los cerrojos.
Y cándida como un niño,
tierna y de tu amor esclava,
no viste que te cegaba
para explotar tu cariño.

INES. Y no tuvo otra razón?

MEN. Ninguna.

INES. Y por eso solo,
con tal perfidia y tal dolo
me ha herido en el corazón!

MEN. Y qué le importa esa vida
si logra el fin á que vá?
Por su venganza, dará
tu corazón y aun tu vida.

INES. Yo la diera en su servicio
si infame no me engañara!

MEN. Y él, infeliz! se burlara
de tu heroico sacrificio.

INES. Con que fiar no podemos
del corazón!

MEN. Qué te estraña?

El se engaña, y nos engaña
cuando tan ciegos queremos.
Y tanto de esa pasión
es el lenguaje elocuente,
que nos subyuga, y desmiente
la experiencia y la razón.

INES. Mucho puede su porfia;
pero yo os juro, señora,
que voy á hacer desde ahora
porque sucumba la mía.

MEN. Gaudarás tu dicha en ello;
y aunque su poder es fuerte,
la vencerás con vencerte.

INES. Si, si! Mas... dónde está Tello?
No os digeron...

MEN. Su valor,
por la desgracia aun no extinto,
detuvo en este recinto
la marcha del vencedor.
Eso nos dijo el soldado.

INES. Pero no encontrarle aquí...

MEN. Espera!

INES. Viene alguien?

MEN. Si.

INES. No es Tello?

BLAS. Dios sea loado!
(con alegría al verlas.)

ESCENA V.

INES, DOÑA MENCIA, BLAS.

MEN. Ah! somos felices: Blas!
pero este imbécil qué sabe
dónde está su amo!

BLAS. (sin verlas.) (No hay medio
de escapar; han sido en valde
mis pesquisas. Ay! Inés
y doña Mencia! Diantre!)

MEN. Y Tello?
(haciéndole señas al mismo tiempo.)

BLAS. Vaya si oigo! y ahora y antes.
No he sido sordo en mi vida;
ya el disimulo no vale.

MEN. Luego has fingido...

BLAS. Si tal.
Yo lo hice para librarme

de mosquetazos; mas ni
por esas; me han hecho cargue
con este maldito... y tengo
que defender; no sé cuales
puestos! Si no se defienden
ellos, requiescant in pace.

INES. Pero y tu amo?

BLAS. Yo no sé.

Y quién se atreve á buscarle?
Y dónde se encuentra, quién
puede saber? No es muy facil.

MEN. Si, por nosotras se arriesga
denasiado.

BLAS. (Si tal hace
será un necio: por mugeres
esponerse... qué disparate!)

INES. Estoy temblando por él.

MEN. Yo tambien.

BLAS. No hay que asustarse.
Pienso que por alli viene.

MEN. Por dónde?

INES. Y es él?

BLAS. Miradle.

ESCENA VI.

DOÑA MENCIA, INES, TELLO, BLAS.

TEL. Ah! en salvo!

MEN. Si, no ha querido
en su providencia el cielo
que este sacrificio mas
hoy se consumára, Tello!
Pero aun no es tarde.

TEL. Señora!
no será, no, que primero
cuanta sangre hay en mis venas...

MEN. Si, si. Todos moriremos.

TEL. Y qué nos valdrá ese inútil
martirio? Si ya el desnudo
estéril es, la victoria
en otra parte busquemos.
Si aqui nos vende la suerte,
será bien que el dócil cuello
á la cuchilla ó al yugo
victimas ó esclavos demos?

MEN. Pero abandonar quereis?.. (admirada.)

TEL. Morir, si es preciso, quiero;
pero con gloria.

MEN. Y sois vos!..
Os escucho y no lo creo.

Retroceder, cuando herida,
y en rios de sangre y fuego
anegada, llora Jativa
bajo el pié del extranjero!
Huir, cuando á nuestro oido
llegando estan los lamentos
que lanzan nuestros hermanos!
Huir! Lo habeis dicho, Tello?
Grande es sin duda el terrible
azar, que jugado habemos;
cuando de tal corazón
desmaya el bizarro aliento.

TEL. Desmayar! Quién imagina
que abatir pueden mi esfuerzo,
ni el vértigo del terror
ni la flaqueza del miedo?

MEN. Pues bien: mostrad en la prueba
ese indomable ardimiento
de otras veces.

TEL. Pero vos...
 MEN. Lo sospeché, y os comprendo.
 TEL. Si, señora: era salvaros
 mi intencion, os lo confieso,
 y aun á costa de mi vida...
 MEN. Vuestro honor es lo primero.
 Si tal hicierais, lo juro,
 maldeciria el afecto
 que un instante os inspirára
 ó flaqueza ó desaliento.
 INES. Oidle, señora, oid
 de la prudencia el consejo,
 y renunciad esperanzas
 insensatas por lo menos.
 Huyamos.
 MEN. Huya en buen hora
 quien quiera; mas yo no debo,
 mientras quede en pié una almena,
 desamparar á mi pueblo.
 Y don Fernando?
 TEL. En la torre
 del alcázar, defendiendo
 la entrada de este recinto.
 MEN. Podrá resistir?
 TEL. Lo espero.
 Tres veces le han embestido,
 pero aun conserva su puesto.
 MEN. Siempre ha sido muy bizarro,
 y en estimacion le tengo
 muy alta.
 TEL. Merece bien
 tal honra.
 MEN. Es gran caballero.
 Mientras él guarde animoso
 el alcázar, bien podemos
 descuidar.
 TEL. Teneis razon.
 (Esto me faltaba! celos!)
 INES. Pues bien: si es cierto que estais
 tranquila, en la paz del sueño
 procuraos algun descanso.
 TEL. Yo os aseguro del riesgo.
 MEN. Bien: reposaré.
 TEL. Mi casa,
 de esa deidad pobre templo
 será por hoy.
 MEN. Basta, basta. (á Tello.)
 Inés, tu fineza acepto.
 Pobre niña! está temblando
 y yo aqui... vamos.
 INES. Si, tiemblo,
 y admiro vuestro valor.
 MEN. Ven, Inés. Pero qué veo?
 (al irse, vé a don Fernando y se detiene.)

ESCENA VII.

Dichos, y DON FERNANDO.

TEL. (Dios santo!)
 FER. Doña Mencía!
 MEN. Como! perdido tambien
 el alcázar.
 FER. No.
 MEN. Pues bien...
 FER. Cuidadoso me tenia
 vuestra suerte.
 MEN. Habeis faltado
 por eso al deber primero ..

FER. Cumplo como caballero
 con uno y otro cuidado.
 Como el contrario reposa
 harto de robo y matanza,
 vine en esa confianza.
 MEN. Mas puede ser peligrosa;
 será fácil proseguir
 la defensa?
 FER. Si mi gente
 no desmaya, ciertamente.
 (No es posible resistir.) (ap. á Tello.)
 TEL. (Silencio! me hablareis luego.)
 MEN. En ese caso, el deber
 os llama
 FER. Si. (inclinándose.)
 MEN. Esto, ha de ser.
 Os lo mando, y os lo ruego.
 FER. Lo haré asi.
 TEL. Dadme licencia.
 Al irse doña Mencía, ambos hacen ademan de acom-
 pañarla.
 MEN. No acepto, quedaos los dos.
 Tello, don Fernando! adios!
 Valor, constancia! (vase.)
 BLAS. Prudencia!

ESCENA VIII.

FERNANDO, TELLO.

FER. Yo por no afligirlas mas,
 en presencia de las dos
 hablé como oisteis vos.
 TEL. Pues, qué! se rindió quizás
 el alcázar?
 FER. No, pero es
 inútil el resistir.
 TEL. Vamos con gloria á morir
 lidiando contra el francés.
 Quizá los comisionados
 que los pueblos recorrieron,
 refuerzo traigan.
 FER. Tuvieron
 para llegar esforzados
 tiempo de mas.
 TEL. Mientras quede
 un sólo hombre, defendamos
 este arrabal.
 FER. Si, muramos
 lidiando, aunque el valor cede
 del soldado, que ya es mucha
 su fatiga, pues apenas
 del muro tras las almenas
 puede continuar la lucha.
 Que maldiciendo su suerte
 se postran ya fatigados,
 pidiendo desesperados
 ya que no venganza, muerte!
 TEL. Es imposible triunfar!
 FER. Tello, ya no hay esperanza?
 TEL. Ninguna mi mente alcanza.
 FER. En vano será luchar.
 TEL. Como hermanos defendimos
 la ciudad, y como hermanos
 frente haciendo á los tiranos
 ambos lidiando seguimos.
 De nuestra vida en la senda
 los dos una flor querida
 nos hallamos, con su vida

que cada cual la defienda.
Si yo muero, feliz vos;
juradme ampararla aqui;
si vos murierais, en mi
tendrá amparo. Si los dos,
despues de esta lucha fiera
logramos salir con vida,
lo que su afecto decida
respetemos.

FER. Quién pudiera
negarse á tan justo anhelo!
Aunque fuese el desairado
yo, sufriré resignado,
Tello, mi desconsuelo.

TEL. Prometo lo mismo.

FER. A Dios!
Se oyen tiros.

TEL. Buen hermano,
por vez postrera la mano
dadme! Juremos los dos
defender hasta espirar
á esa muger adorada.
Y á esta ciudad desdichada.

FER. Lo juro.

TEL. A Dios!

FER. A lidiar! (se va.)

ESCENA IX.

TELLO, BLAS.

BLAS. Dónde vais, señor? (aterrado.)

TEL. Qué tienes?
Temblando de nuevo estás!
Cobarde!

BLAS. Volved atrás! (id.)

TEL. Qué ocurre? De dónde vienes?

BLAS. El enemigo avanzando
hácia aqui, todo lo abrasa.
Ved.

TEL. Cielos! arde mi casa,
y en ella estan descansando
mi hermana y doña Mencia;
serán de las llamas presa.

BLAS. Reducidas á pabesa
estarán, por vida mia.

TEL. Oh! voy á ver si consigo
salvarlas! Qué miro! Inés!

ESCENA X.

Dichos, INES.

INES. Ah! Tello! Libre me ves;
Dios me salvó, y le bendigo!
Que la casa se incendió,
y no sé cómo he podido
salir.

TEL. Y no te ha seguido
doña Mencia?

INES. Ella! ay! no.
Una de otra separada
no la he podido avisar,
porque me iban á abrasar
las llamas.

TEL. Ay! desgraciada!
Aunque caigan sus escombros
sobre mi cuerpo, y sucumba,
ó en ellos hallo mi tumba,
ó la salvaré en mis hombros.

INES. Detente, que á morir vas

en vano.

TEL. Infamia seria
abandonarla. Oh! Mencia!
contigo moriré! Atrás!
(separa á Inés y Blas, y se dirige precipitado á su
casa.)

ESCENA XI.

INES, BLAS.

INES. Ah! Infeliz!

BLAS. Quién pudiera
detenerle? Se ha empeñado
en morir achicharrado!
La casa está hecha una hoguera!
Como un rayo se lanzó (mirando.)
entre las llamas.

INES. Dios mio!
En tu clemencia confio!
Sálvame, por piedad!

BLAS. Oh!
ya no le veo: á rezar
un pater noster por su alma
voy.

INES. Del martirio la palma
alcanzará por amar.

BLAS. (Ha sido gran tonteria
por una dama abrasarse;
pudieran todas quemarse;
lo que es yo no me esponia.)
Pero qué miro! No es él?

INES. Si, si; y distinguir presumo
entre el torbellino de humo...

BLAS. Logró al fin salvar la piel.
Y la trae!

INES. Ah!

ESCENA XII.

Dichos, TELLO, DOÑA MENCIA.

TEL. Salvarla
ó perecer he jurado,
y lo cumplo; la he salvado.

INES. Ah!

MEN. Inés!

INES. Quiero abrazarla. (la abraza.)
Oh! gracias! gracias! Dios mio!

MEN. Dos veces la vida os debo;
cómo pagaros...

TEL. Me atrevo
á esperar;... ó es desvario?
Mas se dirige hácia aqui
un hombre como acosado
por alguien... ah! el malvado!

ESCENA XIII.

Dichos, D. PEDRO.

INES. y MEN. Don Pedro!

PED. Tello!

TEL. Yo, si.

PED. Maldicion! (Que consiguiera
de la cárcel escapar
para venir á parar
á su poder!)

TEL. Oh! debiera
mataros como á un villano,
que vos no sois caballero;
mas esgrimid el acero.

MEN. Un duelo!

INES. Dios soberano!
 TEL. Defendeos! Tan infame (riñen.)
 como cobarde sois vos.
 PED. Cielo! (cae dentro del bastidor.)
 MEN. é INES. Ay!
 TEL. Perdónele Dios,
 y que á su seno le llame.

ESCENA XIV.

Dichos, soldados, DON FERNANDO.

FER. Os he venido á salvar
 vuestro riesgo imaginando.
 TEL. Tarde es tambien, don Fernando.
 FER. Siempre tarde he de llegar!
 MEN. Si, la vida le he debido,
 y mi mano le daré.
 TEL. Ah!
 FER. Aunque lo siento, á fé
 es justo, la ha merecido.
 Pero el enemigo ayanza,
 y ya el tiempo no perdamos,
 y de Játiva salgamos.
 Señora, no hay esperanza
 de defender la ciudad;
 á cenizas reducida
 va á quedar.
 TEL. Patria querida!
 MEN. Nohay otro medio; es verdad!

(en esta escena ha de caer el muro y ha de verse la
 ciudad incendiada.)

TEL. Conmigo venid! do quiera
 que haya un español, señora,
 de esa sangre vengadora
 se elevará una bandera.
 Del francés contra la saña
 á su sombra se alzarán,
 sus leones defenderán
 la indepençia de España.
 Y huirá de la recia lid
 de sus armas ante el brillo,
 que es cada pueblo, un castillo,
 y cada español un Cid!

FIN DEL DRAMA.

JUNTA DE CENSURA DE LOS TEATROS
 DEL REINO.—Aprobada en sesion del 20 de
 diciembre de 1849.—*Baltasar Anduaga y Espi-*
nosa.—Es copia del original censurado.

Madrid, 1850.

IMPRESA DE VICENTE DE LALAMA,
 calle del Duque de Alba, núm. 12.